

EL CANCER, PROBLEMA EDUCATIVO, ECONOMICO
Y SOCIAL

EL PROBLEMA socio-económico y profesional que plantea el manejo integral del enfermo con cáncer no está resuelto prácticamente en ninguna parte del mundo.

Hay naciones, sin embargo, que se encuentran en posición muy cercana al ideal del manejo actualmente considerado como ortodoxo, porque su estructuración social, su nivel educativo tanto médico como del público lego, sus medios económicos y la preparación de los profesionales y técnicos involucrados en el tratamiento de los enfermos que nos ocupan, lo permiten así.

Suecia por ejemplo, a través del Instituto Karolinska, logra casi el cien por ciento de control de los enfermos de cáncer, y esto en un plano nacional. Checoslovaquia, merced a otro mecanismo y al través de una organización que comprende institutos, hospitales oncológicos, centros de pesquisa, consultas de cancerología dentro de los hospitales generales del país, etc., mantiene asimismo, control riguroso y suministra eficazmente la atención adecuada al enfermo neoplásico.

En nuestro continente, los Estados Unidos de Norteamérica, a través de la labor conjunta, y habitualmente coordinada, de hospitales y universidades, y la American Cancer Society con sus campañas educativas y de allegamiento de fondos, han puesto un ejemplo digno de encomio y emulación.

Países pequeños como Cuba cuentan en su capital hasta con tres institutos dignos de tal nombre, y su campaña contra el cáncer cubre toda la isla.

Si se examina ahora la situación en México, es indiscutible que el balance es desalentador; y esto tanto en el aspecto de la enseñanza en todos sus niveles, como en el de atención de enfermos y en el indispensable de la investigación.

En el primero, basta mencionar el hecho de que ni la cancerología ni la oncología existen como tales en el curriculum universitario y que, si bien socie-

dades médicas locales y algún grupo descentralizado han organizado cursos o cursillos de divulgación, nunca se han impartido con orientación, ya no digamos unívoca, pero ni siquiera coordinada.

La atención del enfermo, concebida y ejecutada integralmente, no se lleva a cabo en la ciudad de México, por ejemplo, sino en dos unidades hospitalarias, y, como tales, parte de una estructuración médica no enfocada exclusivamente en el problema que se comenta, y con las limitaciones que la pobreza, burocracia en su menos edificante significado, o la combinación de ambas, le imprimen.

En el capítulo de investigación el panorama no es más favorable. Quizás sea aún más gris. Hay grupos aislados de trabajo, la mayor parte con subsidios de instituciones extranjeras. Su esfuerzo es loable; su rendimiento no es óptimo. Y, como en lo antes comentado, la falta de coordinación en la planeación, más que en la ejecución, es el denominador común de tales actividades.

Todo ello, sin embargo, es susceptible de mejoría, substancial si no inmediata, si se logra crear en la clase médica una conciencia anticancerosa comparable a la antituberculosa creada y mantenida por el organismo respectivo.

Creemos firmemente que la Academia Nacional de Medicina, en su calidad de asesora oficial del Gobierno de la nación y contando dentro de su seno con muchos y muy altos funcionarios gubernamentales y universitarios, podría contribuir en forma muy significativa a la elevación de los diversos niveles analizados en el campo de la docencia, por ejemplo, insistiendo en la reincorporación de la Cancerología al curriculum de la Facultad de Medicina, y organizando, auspiciando o colaborando en la planeación e impartición de cursos, residencias, etc.

En el campo asistencial, podría promover todo tipo de actividades que redunden en la mejoría material, de organización y aún presupuestal de las instituciones, detalle este último de muy particular interés si se recuerda que, más que ningún otro, el tratamiento del cáncer requiere instalaciones, equipo y material de consumo muy costosos.

Por último, en el campo de la investigación, procurar por todos los medios posibles, la organización de planes de trabajo, la formación de investigadores, el establecimiento de becas a ser utilizadas, bien en el país, bien en el extranjero.

Todo esto, sin embargo, sería inútil si no se cuenta con el apoyo decidido y la colaboración sin límites de los médicos del país, base en la que, por definición, deben fincarse todos los esfuerzos conducentes a realizar los inteligentes proyectos y su planeación. Y es que, hoy por hoy, el médico como individuo, es aún el arma primordial en toda lucha que se emprenda contra el cáncer.